

CATALINA

Y una luz incierta
cuyo resplandor dudoso
viene ganando esta puerta.

DOÑA MARÍA

¡Por fin!... ¡Abre, Catalina!

CATALINA

(Vacilante.)

Dueña : si me equivocase...

DOÑA MARÍA

*(Yendo ella misma á la puerta y
alzando el tapiz.)*

¡Pues tendré yo, por que pase
mi justicia, la cortina!

*(Entra la Reina, acompañada de
un pajecillo que lleva un hacha en-
cendida.)*

Alteza : los gritos de esta
rabiosa martirizada
—que, al fin, la sed es martirio
y, al fin, el martirio es rabia—
¿llegaron al Rey?

REINA

Llegaron.

DOÑA MARÍA

Y ¿qué responde el Monarca?

REINA

El responde con las letras
en este pliego trazadas.

*(Le da un pliego del que pende el
sello real.)*

DOÑA MARÍA

Alteza : diréis al Rey
que dejáis en esta estancia
una esclava con cadenas,
que no una madre con lágrimas.
No he de besaros la mano,
Alteza, que, con tal ansia
arde mi agradecimiento,
que al besar, os la abrasara.
La orden que aquí me dejáis
de tal modo me agiganta,
que, en las negruras de un crimen,
con ella haré lumbre clara ;
decidle al Rey que me visteis,
con los mis labios besarla :
viene del Rey, y él de Dios,
con que es reliquia sagrada...
Decidle, Reina y señora,
que hoy es Rey ; que hoy reina y manda ;
¡que hoy hay justicia en Castilla,
después que perdida estaba!

*(Hinca una rodilla y le besa las
manos.)*

REINA

Levanta, Doña María,
que aunque, si sólo escuchara

lo que dices, no creyera
que estar pudieras más alta,
fuera oprobio, pues te veo
á mis pies, que continuaran
tu grandeza de rodillas
y mi admiración en planta.

(Ayuda á alzarse á Doña María.)

Con esta orden que te entrego
deja en tu mano el Monarca,
pues los reclamabas tú,
los cuidados de esta causa.
Mañana, rompiendo el día,
el Rey saldrá de tu casa
con sus hombres y su Corte,
diciendo que sale á caza.
Nada se dirá al de Luna,
como es razón, de esta marcha :
el Rey lo deja á su suerte ;
su suerte tú has de fijarla.

DOÑA MARÍA

(Recorriendo el pliego con la vista.)

Y ¿quién ha dispuesto el Rey
que se acercara con armas
á prenderle?

REINA

Tú has de verlo :
de tu propia mano traza,
para menester tan arduo,
el nombre que más te plazca.
Yo dije Pérez Vivero,
que lo hará de buena gana.

DOÑA MARÍA

¡Jamás!

REINA

¿Qué tienes con él?

DOÑA MARÍA

Que nunca veréis que vayan
juntos su nombre y el mío
en empresas de mi casa ;
¡que yo por justicia pido
lo que él toma por venganza!

REINA

Pues tú has de ver, que á tu arbitrio
deja este extremo el Monarca.

DOÑA MARÍA

*(Desdoblando el pliego junto á la
luz, sobre la mesa, lee:)*

«A vos...

*(Después de pensar un rato toma
la pluma y escribe, pronunciando al
mismo tiempo:)*

Alvaro de Estúñiga ;
que, al fin, eres de mi casa
y llevas mi propia sangre ;
con que mirarás de honrarla.

REINA

Lo sólo que yo te pido,

que acabes con la privanza
del de Luna; pues no sufro
que, donde yo me bastara
para mandar, manden otros.
Hágase el milagro, y basta.

DOÑA MARÍA

El mismo interés en todos...
¡Qué baja ralea de almas!

REINA

Y con esto que te he dicho,
te dejaré, noble dama;
porque verme entrar pudieron,
y el de Luna no descansa;
y si él logra, estando solo,
ver al Rey, toda la trama
de esta tarde se deshace:
que aún le tiene por el alma.

DOÑA MARÍA

Yo os abriré.—Que al de Luna,
Alteza, no llegue nada
de este paso; que la noche
va con lentitud y es larga,
y él encontraría modo
de hablar en ella al Monarca.

REINA

Descuida, Doña María.

DOÑA MARÍA

(Inclinándose.)

Señora...

*(En este instante gira la llave de
la puerta secreta, lateral derecha;
cede ésta, reciamente sacudida, y
entra en escena Don Alvaro de Luna,
llevando en la mano un haz de
llaves.)*

DON ÁLVARO

Excusadme, damas.
Iba, en servicio del Rey,
rondando en la fortaleza
por él; que buenos criados
han de velar mientras duerma.
Ignoraba que esta estancia
tuviera puerta secreta,
y abrí, sin pensar; si estorbo
pláticas con mi presencia,
perdonad.

REINA

(Desconcertada.)

Doña María:
abridme, os ruego, esta puerta.

DON ÁLVARO

(Llegando con gesto rápido.)

¡Oh, donde tenéis criados,
ellos os sirvan, Alteza!
Isabel de Portugal:
cuando os escogí por Reina,
os dí la mano del Rey;
pero os dí mi vida en ella.
Vos erais un lirio entonces;

vuestros labios, rosas tiernas;
 jazmines era la frente;
 las dos manos, azucenas;
 ahora lo veo y me pesa,
 no vi entonces, Isabel,
 que traje á Castilla flores
 ¡y traje un áspid con ellas!
 A vuestra ambición abrí
 un trono, una realeza:
 con que no es el primer día,
 Reina, que os abro una puerta.

*(Abriéndola; la Reina calla, des-
 pechada; el Valido se inclina; salen
 tras la Reina el paje y Catalina, que
 habrán asistido mudos á la escena
 anterior. Doña Maria recoge rápi-
 damente el pliego con la orden del
 Rey, que quedó sobre la mesa.)*

Excusad, Doña María,
 la intención, ya que no el gesto;
 sé que la Reina os ha dado
 de parte del Rey un pliego:
 lo que en él ha escrito el Rey
 mostradme, que aún he de verlo,
 para deciros que no hay
 Dios de justicia en el cielo.

DOÑA MARÍA

Condestable de Castilla:
 primero que hablar, primero
 que exigir, primero que
 mentar á Dios sin respeto,
 decidme qué nueva ley
 de honor sirve un caballero

que, abusando del poder
 que usurpó, no que le dieron,
 como un ladrón en las trazas,
 como un traidor en los hechos,
 fuerza postigos ocultos
 para sorprender secretos;
 decidme si el de maestre
 es ya tan villano empleo,
 que sirve sólo su manto
 para encubridor de reos.

DON ÁLVARO

Aunque pudiera excusarme,
 Doña María, no quiero;
 forcé, como vos decís,
 el postigo; he sido reo
 de villanía; no soy
 un dios; soy hombre, y no puedo,
 cuando me combaten todos,
 mirar cómo me defiendo.
 Toda Castilla es, señora,
 un mar de sangre y de cieno
 que alza contra mí la envidia,
 huracán de nuestros reinos;
 y cuando estoy zozobrando,
 ¿escogeré los maderos
 antes de asirme? ¿Olvidáis
 que me va la vida en ello?

DOÑA MARÍA

En otro tiempo los nobles
 castellanos escogieron,
 antes que vivir sin honra,
 servir al honor muriendo.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
 BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
 "ALFONSO REYES"
 No. 1025 MONTERREY, N.M.

DON ÁLVARO

¡Muriera yo! ¿Qué me importa
la vida, si es sufrimiento?
Ver en cada hombre una peña
donde se os quiebra un deseo;
en cada mano una daga
que os está buscando el pecho;
en cada frente una duda;
un insulto en cada dedo;
en la amistad la amenaza;
en la lisonja el veneno;
¿pensáis que es vivir? ¿Pensáis
que es un bien lo que apetezco?
¡Muriera! Pero no, ¡que
cumpla un destino viviendo!

DOÑA MARÍA

Ni yo os estorbo el destino,
ni es mi casa un mar de cieno,
ni se atenta á vuestra vida,
Condestable, en este pliego;
con que esta vez os asisteis
de la tabla antes de tiempo.

*(Dando un paso en dirección á su
estancia.)*

DON ÁLVARO

Pero, ¿os vais?

DOÑA MARÍA

¡Esta es mi casa,
Condestable!

DON ÁLVARO

(Cortándole el camino.)

¡Todo el reino
me pertenece, señora,
porque yo le dí mi aliento!

DOÑA MARÍA

*(Viendo al Condestable en la puer-
ta de su estancia; serena.)*

¿Qué intentáis?

DON ÁLVARO

No habléis, señora,
en estos trances, de intentos,
que, cuando manda la sangre,
se callan los pensamientos;
si vos le quitáis al hombre
sus armas, que son el ruego,
la súplica, las razones,
¿extrañaréis que, surgiendo
la fiera en lugar del hombre,
sea la fuerza argumento,
sea el instinto razón,
sean árbitros los hechos?

DOÑA MARÍA

Y vos ¿extrañáis, señor,
que, cuando en sazón os veo
que sacáis, no de los hombres,
mas de las fieras, ejemplos,
yo os deje solo, cerrando
las puertas de mi aposento?

Al fin soy dama, y con vos
se han de entender mis monteros.

DON ÁLVARO

¡No pasaréis!

DOÑA MARÍA

¡Ya olvidáis
que á los esforzados pechos
no detienen imposibles,
sino dan sed de vencerlos?

DON ÁLVARO

¡No pasaréis!

DOÑA MARÍA

¿No me veis
que no os temo, ó estáis ciego?

DON ÁLVARO

¡Ciego, señora!, que, cuando
otra salvación no tengo
que la villanía, cubro
mis ojos, para estar ciego.

DOÑA MARÍA

Condestable de Castilla:
¡ahora ya os mando, no os ruego!
Porque es noche, porque entrasteis
de modo en este aposento
que pueden veros salir
aunque penetrar no os vieron;
porque soy dama y vos hombre;

porque mi honor anda en ello,
quitaos de mi presencia,
ó he de hacer, yo misma, abriendo,
que mis criados os echen
á golpes, como á los perros!

DON ÁLVARO

Doña María Guzmán:
¡ahora ya os mando, no os ruego!
Porque es servicio del Rey;
porque yo le represento;
porque, si él se guardó el manto,
echó sobre mí el gobierno;
porque va en ello mi vida,
¡dejadme ver ese pliego,
ó con mis manos—que son
los dos criados que tengo—
antes que los vuestros lleguen,
os lo arranco de los dedos!

DOÑA MARÍA

(Resuelta, avanzando.)

¡No será!

DON ÁLVARO

(Irguiéndose; intentando apoderarse del pliego y poniendo para ello sus manos en Doña María.)

¡Será! ¡No hay paso!

DOÑA MARÍA

(Que, al sentirse asida, ciega de

ira y con el pliego en la mano, se hizo atrás.)

¡Ah!... ¡Condestable del reino:
osasteis á una mujer!
¡Sois un villano, os desprecio!

DON ÁLVARO

(Después de un silencio en que ambos quedan frente á frente. Doña María, soberbia de ira y de nobleza, condenando con su mirada á Don Alvaro, que dejará ver en la expresión de su rostro la transición de espíritu á que hace referencia lo que sigue.)

Esta mirada en mi vida
por segunda vez la encuentro;
si la merecí, señora,
¡bien castigado me veo!
Los poderes de mi mano,
las honras de mi gobierno,
las arrugas de mi frente,
las hebras blancas que llevo,
no en cuenta del tiempo, en cuenta
de que he vivido sufriendo,
¡todo ardió de esa mirada,
Doña María, en el fuego!
Diez años se van con ella:
mirad qué solo me quedo.

DOÑA MARÍA

Condestable de Castilla:
de bajo venís, pues veo

que á la juventud os llevan
los caminos del desprecio.

DON ÁLVARO

Doña María Guzmán:
desde alto me habláis, pues veo
que no os mudaron de altiva
diez años de sufrimiento.
¿No veis que si yo me mudo
y á mis juventudes vuelvo,
cuando me hablasteis, señora,
como hoy me habláis, de desprecio,
es sólo vuestra mirada
la que me ha metido en ello?
Fueron sepulcro á mi amor
mis diez años de silencio;
si vos levantáis la piedra,
no os asombre que no ha muerto.
Bien sabéis que á tanto amor,
no queriéndole por vuestro,
le dí cárceles de nieve,
le dí ataduras de hielo;
si hoy, al tocar vuestras manos,
que son mármol y echan fuego,
dejando libre al amor,
hielo y nieve se fundieron,
¿me daréis á mí la culpa
de lo que vos habéis hecho?
Básteos, para no añadir
la compasión al desprecio,
no ver en mis ojos lágrimas,
aunque es agua todo el pecho.

DOÑA MARÍA

¿Qué pretendéis demostrar,

Maestre, con este juego?
 ¿Que me ganáis en grandeza?
 ¿Que vos me entregáis un pecho
 rendido, para que yo
 sea más cruel abriéndolo?
 ¿Que un amor—nunca aceptado,
 Condestable—os da derecho
 á injuriar á una mujer,
 llegando, infame, á su cuerpo?
 ¿Qué es en vos verdad? ¿Qué es farsa?
 ¿Qué es el alma y qué es el cieno?

DON ÁLVARO

Todo; que al cabo soy hombre.

DOÑA MARÍA

¡Guardaos los argumentos;
 que en mi pecho no han lugar
 porque me lo ocupa un muerto!

DON ÁLVARO

Toda mi vida la estoy
 viviendo en cada momento;
 si vos no sois como yo,
 ved que la culpa no tengo.

DOÑA MARÍA

¡Como vos y más que vos!

DON ÁLVARO

¡Ah, finalmente os encuentro!

DOÑA MARÍA

Pero hoy es toda mi vida
 mi justicia. Un hijo muerto
 lo borra todo en el mundo,
 Conde, aunque es bulto pequeño.
 Vos, ¡que sabéis de estas cosas;
 que hijos tenéis y van lejos
 de vos, mendigando un nombre
 porque les negáis el vuestro!

DON ÁLVARO

¡No me los dieron los brazos
 en donde quise tenerlos!

DOÑA MARÍA

¡Condestable... al fin sangráis
 de la herida que os he abierto!
 ¡Sí, tuve un hijo, y en él
 todos mis amores puestos!
 Todo lo olvidé por él;
 todo; hasta el odio que os tengo:
 bien sabe Dios que al hallarle,
 como era para Dios, muerto,
 primero que pensé en vos,
 todos los demás lo hicieron.
 Hoy, sí; que vuestras porfías,
 vuestra doblez, el silencio
 que guardáis, aun este amor
 traído en este momento,
 aun el ser él hijo mío
 sin haber nacido vuestro,
 todo os condena. ¡Oh, la luz
 vos mismo me dais! ¡No tengo
 dudas! ¡Vos le hiristeis, vos!

porque no había en el reino
quien matara á un inocente
con el corazón sereno
sino vos; vos, Condestable;
y al fin así lo prefiero;
que, vengándole de vos,
más que de nadie le vengo!

DON ÁLVARO

(Con serenidad y dominio supremo del momento.)

¿Por qué os engañáis, señora,
para engañarme, si veo
que, cuando acusáis, os son
inútiles los esfuerzos?

(Se acerca á ella; habla bajo y con lentitud, como si fuera leyendo en su alma.)

Decid, acallando un punto
vuestros orgullos soberbios,
que porque sabéis que todo
depende de mí en el reino,
una esperanza alentáis
que esté en mi mano el secreto
de esta tragedia; decid
que porque los dos tenemos
repartida entre los dos
toda el alma de estos reinos,
no queréis tentar empresas
que os piden todo el esfuerzo
sin tener, mal que vos pese,
este brazo junto al vuestro;
decid que, por no llamarme,
me acusáis; que así no puedo

faltaros en este trance
porque mi honor anda en ello;
decid que, habiendo tan sólo
escritos en vuestro pecho
dos nombres, vos los juntáis
sin pensarlo y sin quererlo.

DOÑA MARÍA

¡Mentís!

DON ÁLVARO

(Transición.)

Entonces, señora,
hoy mismo, aquí mismo, quiero
que cumpláis vuestra justicia
y acaben vuestros tormentos.
Si con todo el corazón
me acusáis, si en vuestro acento
hay la plenitud de Dios,
que tiene lo verdadero,
¿á qué esperamos sentencias
que no os faltan, ni yo quiero?
Vida con tal mancha, yo
no la soporto, ¡os la entrego!
¡Esta es mi daga, tomad,
y este, señora, es mi pecho!

DOÑA MARÍA

Entonces, ¿por qué no habláis,
Don Alvaro, ¡vive el cielo?

DON ÁLVARO

Porque penden de este brazo
la vida y muerte del reino;